

ro de que no está sobre la tierra la realidad de aquella imagen soñada y querida.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es la prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está, como el cielo, suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada hacia otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambición nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernos la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

FIN DE LAS HOJAS SUELTAS.



MÁS HOJAS SUELTAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO



LA NOCHE



QUIÉN no ha experimentado alguna vez la inesperada impresión de un dolor repentino?

¿Quién no se ha cogido un dedo al cerrar una puerta?

¿Quién al volver una esquina no se ha estrellado con la grave individualidad de un mozo de cordel, ó con la impasible unidad de un aguador?

Comiendo ó hablando, ¿no os habéis mordido nunca la lengua?

La noche entra perfectamente en este orden de ideas.

Cualquiera de esas impresiones puede confundirse con la noche bajo un punto de vista común.

¿Qué es la noche?

Medítese bien, y se comprenderá que es una cosa que hace ver las estrellas.

El fenómeno se verifica de esta manera:

El sol, cansado de mirar á la tierra, levanta sus rayos al cielo, como la mirada de un afligido.

Esa mirada, cuya significación no aparece en

ningún diccionario, y que sin embargo en todos los idiomas quiere decir «¡Cielo!»

Después de este relámpago de sus últimos rayos, cuyas ráfagas brillan en todas direcciones como los reflejos de un incendio, desaparece detrás de una montaña, se esconde en la oscuridad del bosque lejano ó se sumerge en la mar.

Algunas nubecillas caprichosas se asoman al horizonte llenas de impaciente curiosidad, y al verse iluminadas por aquella última mirada, se quedan suspensas, vacilan en el aire y se ruborizan.

El viento corre de un punto á otro con silenciosa movilidad, dejando escapar por todas partes ese silbido tenue que no hay letras con que poder escribirlo, y que quiere decir: «Silencio...»

Si el viento tuviera manos como tiene alas, estoy seguro que en esta ocasión expresaría su pensamiento poniéndose el dedo en la boca.

De paso mece á los árboles como si quisiera dormirlos.

Las hojas cuchichean y el agua corre á tientas, tropezando con todo lo que se la pone delante, y murmurando como un ciego que va hablando solo.

La sombra se deja caer lentamente, extendiéndose poco á poco como una gota de tinta en un vaso de agua, y la noche se da á luz.

Desde este momento empezamos á ver las estrellas.

El cielo se hace más azul para recibirlas.

El día será más resplandeciente, pero la noche es más hermosa.

De día se ve demasiado; es una luz muy fuerte, que todo nos lo mete por los ojos.

No deja nada ni á nuestro deseo ni á nuestra imaginación.

Es una especie de escalpelo que todo lo diseca.

Una habladora que todo lo dice; una indiscreta que todo lo enseña.

El secreto de la vida consiste en no ver más que un poco de las cosas, y suponer lo demás.

Para todo enamorado la cara de la mujer que quiere es un conjunto de perfecciones.

Ninguna le parece mejor.

Hay, sin embargo, un caso en que esta regla general se ve seriamente comprometida.

Este caso es otra cara cubierta con un velo.

Estoy seguro de que los amantes se quieren más de noche que de día, porque se ven menos y se imaginan más.

Ese color de rosa de que todos tenemos un poco para embellecer la palidez de lo que llamamos realidad, es un cosmético que necesita la sombra para brillar.

Un niño está siempre mucho más alegre que un hombre, porque ve menos; y un anciano está siempre más triste que un joven, porque ya lo ha visto todo.

Una de las cosas más bellas que hay en el mundo es el pudor; pues bien; analícese, y veremos que el pudor no es más que un velo.

La noche brilla en medio de la oscuridad, como una mirada de mujer en unos ojos grandes y negros.

El que quiera sondear el corazón de un amigo ó de una mujer, que elija la armoniosa soledad de una noche tranquila.

Parece que entonces el corazón humano se halla en presencia de la eternidad y se descubre entero.

En esos instantes en que todo es misterioso y fantástico, el alma se escapa como el perfume contenido en un vaso.

La noche es el momento de las íntimas confidencias.

El corazón humano, semejante á la magnolia, sólo se abre en el silencio y en la oscuridad de la noche.

Como no nos vemos, nos parece que no somos nosotros mismos.

¿Qué nos importa de día el ruido de la gente que pasa por la calle, ó el estrépito de un coche que al pasar hace temblar el pavimento?

Á la una de la noche ya es otra cosa.

Los pasos solitarios de un transeunte que resuenan en las baldosas á compás como los latidos de un reloj, el murmullo de una conversación que se pierde, el ruido de un balcón que se abre, una voz, un suspiro, un silbido, todo excita nuestra curiosidad y despierta nuestro interés.

De noche parece que acabamos de nacer, pues todo se presenta á nuestros ojos con una irresistible novedad.

El día es un escándalo; la noche es un secreto.

De día se ve lo que hay; de noche lo que se sueña.

De día se ven los palacios, las ciudades, la pompa, el lujo y la soberbia de los hombres.

La noche borra con su mano invisible el espectáculo de nuestra grandeza, para que podamos levantarnos un poco sobre nuestra miseria.

El día, presentándonos por todas partes la opulencia, el lujo, las sonrisas equívocas, las miradas atrevidas, los vestidos brillantes, en una palabra, la corteza de nuestro ser, nos va diciendo á cada paso: «He aquí el hombre.»

La noche, desatando el hilo misterioso de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, nos dice: «He aquí el alma.»

De día se ve la tierra; de noche el cielo.

De día se trabaja; de noche se vive.

De día el negocio, la oficina, el taller; de noche el amigo, el amante, la familia.

Todo adquiere durante la noche una inmensa solemnidad; todo se engrandece al contacto de esa sombra que cae sobre la tierra como un bálsamo.

Ese silencio sonoro, esa oscuridad brillante, esa soledad llena de seres misteriosos que aparecen y desaparecen, y cambian de forma y lugar á cada instante, parecen la revelación de una vida incomprendible, de una naturaleza distinta, de un mundo desconocido.

El día se ha hecho para la materia; la noche para el espíritu.

Hay una gran parte del alma que indudablemente despierta por la noche, y que pasa el día su-

mergida en un profundo letargo. Acaso se dirá que esta parte del alma hace mala vida.

De noche es cuando el hombre se encuentra frente á frente de sí mismo.

Entonces es cuando se sondea á sí propio y registra minuciosamente los rincones de su memoria, los más ocultos aposentos de sus deseos y el fondo impenetrable de su conciencia, como de día registra los secretos de su gaveta y examina las ocultas interioridades de sus bolsillos.

De noche es cuando hace sus terribles visitas el remordimiento; de noche es cuando los recuerdos se levantan de la sepultura del olvido como sombras evocadas por un conjuro; de noche es cuando el hombre se adivina, se siente, se habla y se reconoce.

No sé qué relaciones existen entre el mundo físico y el mundo moral; pero me acomete la sospecha de que si no hubiera noche, no habría conciencia.

De día el hombre se oculta á sus ojos entre los demás; de noche se descubre á sí propio, como una confidencia que se hace á sí mismo y que debe olvidar al amanecer.

La noche es un espejo en el cual se miran tranquilamente los corazones puros y del que huyen espantados los corazones perversos.

El estrépito de la vida se apaga, la luz se desvanece, y el silencio y la oscuridad nos llevan poco á poco al borde de ese abismo que todos llevamos en el corazón.

Considerándolo atentamente, la noche es una

especie de pantalla que nos rodea de sombra para que podamos vernos con toda claridad.

¡Cuánta justicia se encierra en ese terrible absurdo!

Nuestro pensamiento se nos pone delante como una luz que penetra al través de los párpados y nos guía por el incomprensible laberinto de nuestro ser.

De día el hombre es una máquina, ó, mejor dicho, el diente de una de esas ruedas que forman el mecanismo de un pueblo, y que, engranándose unas con otras, componen ese gran reloj que se llama humanidad, que ha fabricado ya seis mil años de tiempo.

De día el hombre es la herramienta más ó menos grosera de un taller en el cual labra minuto á minuto la parte que le corresponde de esa primera materia que se llama vida.

De día el hombre no es más que la parte imperceptible de un todo, que va donde la llevan, que se dobla cuando la oprimen, que cede cuando la empujan.

De noche sacude, por decirlo así, el polvo del trabajo, y en medio de la oscuridad y del silencio se busca, se encuentra y se reconoce.

Entonces, ó se estima ó se desprecia.

De noche construimos esas magníficas obras conocidas en la historia de la bella arquitectura con el nombre de castillos en el aire.

De noche fabrica cada uno las doce horas del día siguiente, pintándolas á su gusto y cortándolas á su medida.

De noche es cuando se asoma á los ojos del joven que siente en su alma los primeros latidos de un amor verdadero, la hermosa mujer á quien busca y que no ha visto todavía, y le dice: «Yo soy.»

De noche viene á pedirnos una caricia, con sus ojos alegres, sus mejillas redondas y sus labios sonrosados, el hijo que aún no hemos tenido.

De noche viene á buscarnos esa hada fastuosa que nos guarda un tesoro escondido detrás de cada día.

De noche juegan con nuestro espíritu esa multitud de ideas incomprensibles que vagan por el mundo misterioso de la inteligencia sin haber encontrado su forma todavía.

De noche, en fin, es cuando el alma se levanta sobre la tierra, como el perfume sobre las hojas.

De día se vejeta; de noche se medita.

¿Qué son las realidades del día ante los misterios de la noche?

Lo que es la estrechez de una palabra á la inmensidad de un pensamiento.

Esto sería interminable, y es preciso acabar.

El hombre se disfraza al amanecer de vecino, de ciudadano, de autoridad, de escritor, de artesano, de amigo, de amante, de vago, de calavera ó de banquero.

Por eso de día todo se convierte en bromas, riñas, engaños, algazara, tumulto, confusión, brillo y movimiento.

De noche suelta el disfraz, y se queda de hombre.

Por eso de noche todo es serio, silencioso y solemne.



EL FUEGO

LA naturaleza, como las mujeres elegantes, tiene un vestido para cada estación.

En cada una muestra flores distintas, pájaros diversos, colores diferentes, otro sol, otros perfumes, otros aires, otras nubes; casi pudiéramos decir que otra naturaleza.

Para cada estación tiene su cielo, como tiene el hombre para cada época de su vida una fisonomía distinta y un pensamiento nuevo.

El corazón humano es también un termómetro que señala los cambios de la temperatura por medio de un amor que muda de objeto, según está el sol en Aries, en Leo, en Libra ó Capricornio.

En la primavera, es el amor á la sombra; en la canícula, el amor á los baños; en el otoño, el amor al sol; en el invierno, el amor á la lumbre.

De esta pasión se puede decir que tiene hoy esclavizado el sentimiento público.

El frío, semejante á un crítico imparcial, profundo é irrecusable, hace sentir en todas partes los poderosos encantos, el irresistible atractivo de una chimenea encendida.

El amor á las mujeres, el amor á los hijos y el amor á la patria no han tenido jamás tantos prosélitos.

Dicen que mirando correr el agua suele curarse esa misteriosa enfermedad del alma que se llama tristeza; pero yo he observado que no hay nada más triste que el invierno, que el agua cuando se hiela no corre, y he observado también que el agua se hiela todos los inviernos.

Así es que los tristes se morirían de tristeza, si la llama ágil y revoltosa no fuera en el invierno el consuelo de los tristes.

Ahora comprendo por qué el agua y el fuego son dos enemigos irreconciliables. Ambos se disputan el consuelo de los tristes, como los médicos la salud de los enfermos, como los partidos la felicidad de los pueblos.

Permítanme Vds. que no me aparte de la chimenea: estoy triste, y el cielo se ha vestido el traje con que suele aparecer los días que nieva.

Aquí, al amor de la lumbre, dejaré caer sobre el papel mis pensamientos, que saldrán á luz vestidos de negro. La tinta es el traje de luto de los pensamientos.

Parece que salen á luz como los niños, llorando.

El alma se aflige al verse encerrada dentro del

sombrio calabozo de la carne, y el pensamiento se resiste á sufrir las ligaduras de la palabra.

Estraño misterio: yo me pierdo en las profundidades de un absurdo que se me aparece bajo la forma de esta pregunta:

¿Por qué todo lo que es inmortal se muestra afligido al sentir sobre sus hombros el peso de la vida?

En vano se han inventado tintas de varios colores; siempre se escribirá con tinta negra.

La llama que se agita impaciente en el fondo de la chimenea interrumpe mis reflexiones.

Se mueve con la vivacidad de una niña que quisiera absorber toda mi atención.

Parece un espíritu compuesto de estos tres colores: azul, blanco y rojo.

Hay momentos en que se queda inmóvil, como si se sintiera detenida por un pensamiento repentino; pero pronto vuelve á su impaciente movilidad.

Ahora se empina derecha y brillante como la hoja de una espada; ya se deja caer lamiendo ansiosa la corteza de los troncos, chupando de ellos la sustancia que la anima; ya los rodea, los envuelve, los ciñe, los oprime, mientras ellos gimen, y yo no sé si de placer ó de dolor.

El humo se escapa blanco y ligero por el cañón de la chimenea, jugando con el aire, como un alma que se escapa del cuerpo; la leña abrasada salta en chispas encendidas como si quisiera deshacerse del fuego que la consume, y entre tanto la llama triunfa como una pasión desordenada.

Me parece la chimenea un pequeño teatro donde se representa un drama terrible.

La acción, el argumento, los personajes y el desenlace son siempre los mismos; pero el espectáculo es siempre nuevo.

Ved aquí una mujer de vida brillante, de naturaleza ardiente, que abrasa cuanto toca, que devora uno tras otro los objetos de su pasión, y que al fin, débil, extenuada, consumida, espira sobre las cenizas de su última víctima.

Los hombres cerca de esta mujer no son más que troncos que viven el tiempo que duran, y brillan sólo por el fuego que los consume.

Aquí al amor de la lumbre, al dulce calor de la llama que devora los troncos, se siente hervir en la cabeza una multitud de pensamientos brillantes y fugitivos como la llama, vagos como el humo.

¡Con qué placer me acerco ahora á este elemento misterioso, que al mismo tiempo me llena de calor y de pereza!

¡Con qué dulzura se duerme un hombre en los brazos de una chimenea!

El fuego es el rey de la naturaleza.

Calienta y alumbra.

Sus colores son los del oro, los de la púrpura, los del acero.

Decidme si hay algún sentimiento que pueda existir sin él.

El alma no es más que la chispa de una llama que no se apaga jamás.

El amor, la poesía, la elocuencia, cada una de

estas cosas tiene su fuego; por eso se dice: el fuego del amor, el fuego de la poesía, el fuego de la palabra.

¿Quién es capaz de explicar la emoción ardiente que sacude las fibras del corazón del soldado al escuchar la voz de «¡Fuego!»

La patria es el horno donde se funden los héroes.

La fe es la llama que enciende el alma de los mártires.

La virtud es la luz que ilumina á los santos.

Aún brilla el fuego que devoró las naves de Hernán-Cortés.

¿Qué corazón, por duro que sea, no se deshace al calor profundo y reconcentrado de una mirada de fuego?

Decidme si hay alguna cosa más hermosa que el sol, más bella que un relámpago, más majestuosa que la inflamación de un volcán, más imponente que un incendio, más agradable que una chimenea encendida.

El trueno es la voz del fuego.

¿Qué han dicho nunca unos ojos apagados?

El hombre no es más que un pedazo de leña á quien devora la llama de la vida; por eso cuando caemos consumidos no somos más que un montón de cenizas.

Conozco mucha gente que no se ha ahogado nunca, pero no conozco á nadie que no haya sido abrasado alguna vez por el fuego de las pasiones.

Yo hago un silogismo que no tiene réplica.

El amor no es más que un poco de fuego.

Suprimid el fuego, y habréis suprimido la positividad.

En el fuego hay algo de supremo, de divino, de inviolable; es tal vez la única cosa sobre la que no puede el hombre poner sus manos.

Como si quisiera conservar la pureza de su esencia, se rodea de aire encendido para detener los pasos del curioso que se le acerca.

¿Queréis alborotar á una familia, consternar á un barrio y conmover á una ciudad? Pues no tenéis más que echar al aire estas dos palabras aterradoras: «¡Fuego, fuego!»

Gritad: «agua,» y todo el mundo lo oirá como quien oye llover.

Una gota de agua, ni limpia, ni mancha, ni apaga la sed, ni moja, ni pesa.

Una chispa de fuego lleva dentro de sí el terrible poder de abrasar al mundo.

Se ve la nube negra é hinchada que va á derramar sobre la tierra torrentes de agua; pero ¿quién ha visto el rayo antes de que brille?

No hay en la naturaleza una sustancia que pese tanto como el fuego.

La mano más vigorosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana.

No hay al mismo tiempo nada más leve que una llama: un soplo se la lleva.

Ante el fuego, el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda.

Y ¡raro contraste! por él es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro.

Delante de mí lo tengo llameante, ligero, insaciable; siempre el mismo, y siempre otro.

Lo veo entretenido en devorar unos cuantos pedazos de encina que no se atreven á resistirlo.

¿Adónde irá así que consuma la última astilla?

El está en todas partes.

Llamad con lo más frío, que es el acero, sobre lo más insensible, que es la piedra, y al primer golpe os saltará á los ojos en una nube de chispas.

¿Por qué una cosa tan limpia, tan brillante, tan ligera, deja tan negro el camino por donde pasa?

La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.

